

¿Cuánto vale la vida privada de los famosos en la prensa rosa?



LA NACIÓN

Semanal



Patricio Fernández Chadwick: el director habla del fenómeno periodístico *The Clinic*.

DOMINGO 28 DE MAYO DE 2000 / N° 57

El "hijo" que Pinochet no tuvo



En los 80, Pablo Longueira predicó el pinochetismo en los territorios de la izquierda. En los 90, transformó a la UDI en lo que es hoy y se jugó por el estilo independiente de Joaquín Lavín. En el camino dejó heridos, pero jamás dio un paso atrás. Sus más cercanos no recuerdan haber recibido de él alguna felicitación.

No va con su estilo.

Marcela Ramos

El pragmatismo de Pablo Longueira Montes, presidente de la UDI, puede alcanzar niveles sorprendentes. Alfredo Galdames, miembro de la comisión política del partido y su brazo derecho en las poblaciones de Santiago Poniente, recuerda que la noche en que murió Jaime Guzmán, el fundador del partido, Longueira fue el único que sacó la voz en medio del dolor de los presentes.

Guzmán había sido baleado a la salida del Campus Oriente de la Universidad Católica y a las pocas horas de llegar al Hospital Militar, falleció. En una de las habitaciones del hospital, Longueira, Juan Antonio Coloma, Jovino Novoa y Andrés Chadwick se reunieron en torno al cadáver de "Jaime" -como siempre llamaban a Guzmán, por cariño y admiración- y se despidieron de él. A la salida, sobreponiéndose seguramente a uno de...

Portada Semanal

El "hijo" que Pinochet no tuvo

...los peores golpes de su vida, Longueira los miró detenidamente y les dijo:

-Hay que sacar el máximo de provecho a esto. Tenemos que ver cómo de esto que es tan malo, tan terrible, cómo somos capaces de sobrellevarlo y superarlo.

Las palabras de Longueira, por entonces secretario general del partido, fueron un anuncio de lo que vendría. En los meses siguientes, las encuestas ubicaban a la UDI casi al mismo nivel de Renovación Nacional. A fines de 1991, la UDI superaba a RN por un punto y un año después de la muerte de su líder -en abril de 1992- las cifras eran elocuentes: 7,2 por ciento para la UDI versus 5,3 para RN.

Paralelamente, durante todo ese año, la UDI organizó una campaña de reclutamiento de figuras públicas. Ingresaron Hernán Büchi, José Piñera, Hernán Larraín y una serie de dirigentes vinculados al gobierno militar. Ese 1992, mientras en Renovación Nacional las pugnas internas liquidaban la imagen del partido más popular de la derecha, la UDI no sólo demostró que se había sobrepuesto a un golpe mortal, sino que inició un camino ascendente sin vuelta atrás. Ese año Joaquín Lavín fue elegido alcalde de Las Condes y, desde el partido, Pablo Longueira se transformaría en uno de sus más fieles aliados en la conquista de una ambición superior: ser Presidente de Chile.

El citado Galdames, que conoce a Longueira desde fines de los 70, cree que, tras la muerte de Guzmán, "se sintió llamado a reemplazarlo".

Galdames, como muchos en la UDI, admira a Longueira. Por su carácter, porque habla de frente y no le tira la voz para defender sus ideas, como lo demostró hace unos días, cuando usó expresiones como "estupidez" y "chacota" para referirse a los fallos del Poder Judicial en materia de derechos humanos.

El gobierno criticó duramente al presidente de la UDI y el PPD amenazó con que pediría una sanción en su contra, por considerar "extremadamente graves" sus opiniones.

Longueira no se amilanó. Quienes lo conocen aseguran que nada podría importarle menos que un llamado de atención del PPD. Sin embargo, en la reunión de la comisión política de la UDI, que se llevó a cabo el pasado lunes, sus compañeros de partido le aconsejaron bajar el tono. No por las consecuencias políticas de sus afirmaciones, sino por los efectos personales.

"Sabemos lo que pasa cuando los extremos se enojan. Pablo ha marcado un liderazgo muy fuerte y definido y debe tener cuidado con esta



situación", afirma uno de los asistentes a esa reunión. En la comisión política de la UDI, algunos temen por la vida de Longueira. Ven en él y en su decisión al fallecido líder Jaime Guzmán.

UN PINOCHETISTA EN LA "U"

Fue Guzmán quien descubrió a Pablo Longueira. Buscaba líderes jóvenes y, a fines de los 70, le pidió a uno de sus cercanos que organizara una reunión e incluyera entre sus invitados a estudiantes de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Chile. La convocatoria fue un fracaso. De esa facultad llegó sólo un joven, un muchacho delgado de ojos saltones.

-¿Tú vas a ser el que va a encabezar los centros de alumnos en Ingeniería? -le preguntó Guzmán.

-¿Yo? -respondió, sorprendido, Longueira.

Al poco tiempo, el entonces estudiante de Ingeniería Civil Industrial figuraba organizando las primeras reuniones del gremialismo en la Universidad de Chile. A diferencia de lo que ocurría en la Universidad Católica, en la Chile los seguidores de este movimiento eran vistos con profunda desconfianza.

Gonzalo Rovira, ex vicepresidente de la FECH (Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile), recuerda que para ellos eran "matones" y "cómplices del sistema dictatorial".

Longueira asumió la presidencia del Centro de Alumnos de Ingeniería. Luego, fue presidente de la Fecech, antecesora de la FECH. Por entonces, la directiva de la federación era elegida a dedo, sin la participación directa de los estudiantes. Pero cuando Longueira recuerda estos años, prefiere darles importancia a otras cosas, como que fueron ellos los que dieron vida a las



A comienzos de los años 80, Pablo Longueira en su papel de dirigente designado de la Fecech.

primeras organizaciones estudiantiles durante la dictadura; o que su influencia en las autoridades fue vital para terminar con los rectores designados.

Como presidente de la Fecech, Pablo Longueira fue invitado a una reunión con el general Augusto Pinochet. No lo conocía personalmente y ese primer encuentro fue el comienzo de una larga y estrecha relación. La influencia de Pinochet en su vida, en su forma de hacer política, es clave; y con los años, Longueira sería reconocido también como uno de los civiles más cercanos al general.

"Veía en él al hijo con vocación política que nunca tuvo", dicen quienes fueron testigos de la estima del militar por el joven dirigente. En 1993, Longueira relató a *La Nación*

ese primer encuentro con Pinochet:

-Yo iba para contarle todos los problemas que tenía en la Universidad de Chile (...). Creo que debe haber quedado tan sorprendido de que alguien le dijera las cosas en forma franca, que en un momento me dijo: "Mire esas flores que hay ahí. Aquí vienen todos a mostrar solamente las flores. Nadie me viene a contar los gusanos que hay debajo de las flores, así que siga adelante...". Y de ahí como que nació una confianza... Yo no tenía ninguna ambición, solamente mi interés era que su gobierno fuera el mejor.

Pablo Longueira y su amigo Luis Cordero -UDI, secretario general de la Universidad Nacional Andrés Bello y desde el miércoles vicepresidente del directorio de TVN- fue-

ron durante mucho tiempo los principales nexos de ese partido con el gobierno militar. Antes de designar a sus alcaldes, Pinochet solía consultar la opinión de Longueira. Así fue como algunos de los jóvenes militantes de la UDI -Patricio Meleiro, Jaime Orpis, Iván Moreira- se convirtieron en ediles y cumplieron con lo que Longueira "consideraba una especie de "servicio militar obligatorio" para quien quisiera dedicarse a la labor pública.

El, sin embargo, nunca fue alcalde ni tampoco ocupó un cargo en el régimen militar. Optó por una labor menos pública, pero clave para entender el éxito de la UDI en las comunas populares de Santiago. En esto contó con la ayuda del citado Alfredo Galdames, que lo acompañó en sus primeros recorridos por Conchalí, Pudahuel, La Legua y La Pintana. Corrían los 80 y las poblaciones eran el refugio natural de la resistencia al régimen.

Longueira decidió quitarle adherentes a la izquierda en sus territorios más fecundos y creó el departamento poblacional. Tuvo éxito. Logró instalar entre los dirigentes vecinales a algunos UDI pero, sobre todo, formó una base de apoyo férrea, irrestricta -que años después le sería fundamental, tanto en sus campañas para ser diputado como en su carrera política dentro de la UDI. En las asambleas del partido, Longueira suele subir al podio en medio de estruendosos aplausos. Un observador atento asegura que no son los hombres de empresa o los dirigentes de más renombre quienes lo celebran, sino las bases.

Por su trabajo en las poblaciones fue también que se ganó el aprecio de Pinochet. A diferencia de buena parte de sus más estrechos colaboradores, Longueira asumió con muchas ganas el desafío de predicar el pinochetismo y el éxito del modelo

económico en los territorios más duros. Años después, cuando el general preparaba su salida del Ejército, Longueira le hizo una propuesta audaz: desechar la senaduría vitalicia y lanzarse como candidato a senador en cualquier circunscripción.

El dirigente pensaba que ésta era la mejor manera de que Pinochet validara su imagen histórica y diera muestras del apoyo con que todavía contaba. El militar no aceptó el desafío y Longueira siempre se lamentó de esa decisión. En su mente está muy presente el legado histórico de Pinochet. Esa fue una de las razones por las que, junto al citado Luis Cordero, viajó a Londres en las semanas siguientes a la detención del general y lo ayudó a redactar la Carta a los Chilenos.

Hoy ya no existe ese contacto estrecho que ambos tenían hace algunos años. La campaña presidencial produjo algunas heridas en su relación y en más de una oportunidad el discípulo, a un paso de ver cumplida una ambición por la que había trabajado sin cesar durante años, no dudó en marcar distancia de su líder.

Longueira, sin embargo, tiene más de una razón para acordarse del militar cada tanto. La lapicera y el tintero que hay sobre su escritorio son un regalo de Pinochet, cuando el dirigente cumplió cuarenta años. En esa ocasión, el militar no lo fue a saludar a su casa, como sí lo hizo en 1991. De esta celebración, algunos miembros de la UDI guardan una foto: la imagen de un sonriente Pinochet, forrado en un abrigo azul y rodeado por la directiva del partido.

"PUNGUEIRA" Y EL MOZO DE JARPA

Alfredo Galdames recuerda como si fuera ayer cuando, a fines de los 80, los miembros de la UDI abandonaron Renovación Nacional para refundar su propia colectividad. Ocurrieron varios hechos, pero hay uno que hizo famosos a Galdames y a Longueira entre la rancia aristocracia que por entonces conformaba la dirigencia de RN: Pedro Ibáñez, Francisco Bulnes, William Thayer, Ricardo Rivadeneira, Sergio Onofre Jarpa, Bernardo Matte.

Ocurrió en marzo de 1988, tras una serie de conflictos entre la gente de Andrés Allamand y Sergio Onofre Jarpa, por un lado, y los adeptos de Jaime Guzmán, por otro.

Longueira y Galdames organizaron una protesta en la sede de RN, ubicada en Suecia 286 (curiosamente de propiedad de los gremialistas). Para dar cuenta de la oposición de los UDI al dúo Jarpa-Allamand llenaron un bus con dirigentes poblacionales y sus familias y los trasladaron a los jardines de RN. El objetivo era protestar por una votación y vaya que lo consiguieron.

En su libro *La travesía del desierto*, Andrés Allamand, ex presidente de RN, recuerda cada detalle de este incidente: "Apareció un grupo de pobladores en una micro a amenazar a los dirigentes y militantes que estaban votando (...) La situa-



Una imagen de la crisis de RN el 88. De izquierda a derecha: Juan Antonio Coloma, Cristián Leay, Longueira y Alfredo Galdames pidiendo las cabezas de Allamand y Jarpa.

ción hacía recordar a los grupos de choque y matones a sueldo de los tiempos de la UP (...) Nunca en mi vida había visto a Jarpa tan furioso (...) Gonzalo García Illamó a Carabineros. Cuando llegó la policía, el que dirigía el grupo ordenó la retirada (...) ¿Qué futuro podía tener un partido donde las diferencias se arreglaban acarreado lumpen?"

Andrés Allamand y Pablo Longueira nunca se llevaron bien. Pero los avatares políticos los sentaron decenas de veces en torno a la misma mesa. Ambos eran los encargados de negociar las listas parlamentarias o de alcaldes de la derecha, y quienes fueron testigos de esos encuentros recuerdan que mientras el primero solía enrostrarle a Longueira su excesivo pinochetismo, éste acusaba a Allamand de privilegiar por sobre cualquier cosa sus ambiciones personales.

Detrás de este soterrado enfrentamiento, hay una pelea más de fondo, un conflicto que tiene que ver con el origen de ambos. Longueira y Allamand son dos ejemplares de la derecha radicalmente distintos. El primero es hijo de un agricultor esforzado, se educó en el San Ignacio de Alonso Ovalle y forma parte de una clase media que sin gobierno militar de por medio difícilmente se habría hecho un espacio en los sectores de mayor influencia en el país.

Allamand, en cambio, hizo carrera apoyado en los representantes de la derecha tradicional. Buena parte de sus estudios escolares los hizo en el exclusivo colegio Saint George (luego emigraría al Lastarria, para conocer el otro mundo) y, aunque apoyó el golpe militar, procuró guardar una distancia prudente con los uniformados.

Mientras Andrés Allamand tomaba té con "don Pancho" Bulnes o visitaba en su casa a "don Pedro" Ibáñez para aprender de política, Longueira se metía en su Suzuki frente a La Pintana. Llevaba adelante una de las más improbables estrategias que se hayan intentado en la política chilena: darle a un partido formado por los empresarios más pujantes de la época una sólida base poblacional.



En la UDI se afirma que a temprana hora Longueira descubrió el potencial electoral del alcalde de Las Condes, Joaquín Lavín.

"No tengo nada contra los que juegan polo o golf; lo grave es que lo conviertan en el centro de su vida. Jaime Guzmán siempre decía que la gran diferencia entre Chile y Argentina era que en Argentina la derecha se dedicó al polo (...)", afirmaba Longueira en 1995.

Después del episodio del 88, en RN le pusieron un sobrenombre a Longueira: "Pungueira". A su socio

Galdames, en tanto, lo llamaban "el mozo de Jarpa".

El apodo aludía al pasado de Galdames. En 1967, siendo un joven estudiante, el entonces líder del Partido Nacional lo contrató como junior en su oficina. Galdames llegó incluso a militar en la juventud de ese partido, pero a poco de conocer el movimiento gremialista decidió sumarse a sus filas.

-Conocí profundamente el Partido Nacional, por lo que mi contacto con los gremialistas fue muy atrayente. Me trataban de igual a igual, no había esa relación de patrón a empleado que se daba en la derecha tradicional -recuerda Galdames.

Así fue como el junior de Jarpa se transformó en el brazo derecho de Longueira.

¿A QUIEN DEFIENDE LONGUEIRA?

En una década, la bancada de senadores de la UDI subió de dos a diez miembros, mientras sus diputados aumentaron de 14 a 23. Las elecciones parlamentarias de 1997 simbolizaron su éxito, cuando Carlos Bombal arrasó en Santiago Oriente -motivando el autoexilio del derrotado Allamand- y Jovino Novoa hizo lo propio en el sector poniente de la capital. En la UDI llaman a 1997, "el año del cambio".

A partir de entonces, Longueira comenzó a trabajar por la candidatura de Joaquín Lavín. Aun antes de las parlamentarias, lo tenía en mente, como una de las mejores cartas de la derecha para enfrentar a Ricardo Lagos. En sus cálculos no estaba sólo la presidencial de 1999, sino un proyecto aún más ambicioso: borrar a RN del mapa y robarle a la DC buena parte del centro político. En estos planes, Lavín, cuya popularidad trascendía con creces los límites de la UDI, era el candidato perfecto.

Al interior de la UDI, hombres como Jaime Orpis o Iván Moreira habrían preferido como candidato al carismático Carlos Bombal. Los empresarios tampoco se mostraban demasiado entusiasmados con Lavín, pues desconfiaban de su capacidad de "parar a Lagos". El propio Pinochet, días antes de ser detenido en Londres, desató la polémica, al deslizar una frase de apoyo al precandidato DC Andrés Zaldívar.

Longueira, sin embargo, no estaba dispuesto a echar por la borda diez años de trabajo político. "Para mí, no existe el escenario del año 64, cuando la derecha apoyó a un DC para impedir el triunfo de un socialista. Esa es la destrucción de nuestro sector. La centroderecha tiene que aprender de la experiencia del 64. Entonces, su obsesión fue parar a Allende (...) Y finalmente no lo paró y se autodestruyó", afirmó en octubre de 1998.

Lavín finalmente no ganó, pero Longueira siguió adelante con sus planes de ocupar el centro político. Sólo que con menos claridad que antes. Su irrestricta defensa de Pinochet, ante la posibilidad de un juicio, fue vista como una inesperada marcha atrás.

Pero Longueira es un pragmático, y difícilmente podría dejarse llevar solamente por el cariño que siente hacia el general. La pregunta entonces es a quién defiende hoy. ¿Sólo a Pinochet y su obra? O quizás a toda una generación que creció y se desarrolló bajo su amparo, y de la que él, claramente, es el mejor de los representantes.